

# *Conversaciones con el espejo*

LUIS BREÑIA

¡Seamos sinceros! ¿Quién, salvo los inocuos vampiros, y aunque sea en silencio, no sostiene sus conversaciones con el espejo? ¿Quién no nos buscamos alguna vez y a solas en nuestro propio reflejo, como si, fuera ya de nuestro consentido teatro y autoengaño, tal tuviere capacidad para discernirnos la verdad, diluirnosla o ahuyentarnosla? A todos nos pasa alguna vez, como si formase parte de nuestra humana condición. A todos sin excepción. Nos miramos estudiosamente en su faz y nos soltamos lo que sea. Da igual, el caso es que, merced al encuentro con nuestra reflejada imagen, nos acordamos u olvidamos un poco de que estamos solos y, de la guisa o el ánimo que proceda o sea, entablamos un oportuno soliloquio, como si la reflejada imagen tuviese realmente vida. Quizás sea porque a lo largo del día nos sucede a menudo al revés: que es el ausente espejo quien nos habla en la lejanía desde esa vaporosa entidad tan inmediata que hemos dado en llamar *alter ego*.

Pero una cosa curiosa que nos sucede en tales rebotados monólogos (pues no son otra cosa) es que comunicativamente uno se corresponde en todo grado; quiero decir, que tanto el oyente como el ponente se hallan, además de perfectamente ensamblados y congraciados en una especie de telepática sintonía instantánea, a la misma altura. O sea, que, fuera de que toda la fenomenología discurra en un inexpugnable bucle

cerrado, y so pena de darse un cortocircuito, es un hecho que, a la hora de entenderse, tanto al uno que profiere como al otro que escucha, y viceversa, no les caben cualitativamente mejores interlocutores.

¡Oh, qué curioso es cómo hablamos con nosotros mismos ante el espejo! ¡Cómo nos sinceramos o autoengañamos!

(Y, aunque de parecida manera, cada cual somos un mundo y una diferente forma de estar y ser; mas los espejos, son los espejos.)

¡Claro que en nuestras ocasionales estimaciones importan entonces nuestras vidas y nuestro peculiar momento, nuestro bagaje lingüístico y nuestros personales alcances cognitivos! Y es cierto que abundan detalles en la pulida superficie que solamente uno es capaz de advertir y otras que en sus infinitudes se nos escapan; y es que los espejos son tan fidedignos...

Ayer mismo, hablando voluntariamente con mi reflejo, quise testar los signos de esta ya consolidada madurez que hace tiempo atravieso.

–¡Los años no pasan en balde! –le dije (a la par que él me decía).

Cuando me enfrento a un espejo, miro a mi inanimada imagen plana con cierta envidia imposible: la de darle el cambiazco, dejar a ella que vague a sus anchas por el mundo y quedarme yo confinado en el cristal, pero la realidad no funciona así y siempre es a mí a quien le toca ser yo.

Claro que lo dado es que el espejo no se invente nada, ni

tampoco que se nos anticipe o demore. ¿Se imaginan? ¡Hasta ahí podríamos llegar! No obstante, bien se dice que no hay más ciego que el que no quiere ver, y por ello, y aunque los espejos sean en todo explícitos, no siempre los sabemos mirar.

También es indiscutible que, en sus pompas, la magia y los espejos están muy relacionados. Un espejo no es una cámara, sino mucho más.